

III

En la tosca mesa cubierta de nada limpios manteles en que todo lo que la damisela había encontrado aceptable eran unas sopas de ajo y unos huevos duros, tenía á su derecha al oficioso *abate* y á su izquierda una especie de palurdo, de rostro curtido por la intemperie, vestido de colet y calzones de paño pardo y metida hasta las orejas - á pesar de no estar el tiempo frío ni mucho menos - una montera de piel de cordero con el pelo, ya bastante raído, hacia la parte de adentro, por donde asomaban, mal tapados por un pañuelo de hierbas, revueltos y cerdosos mechones de una ni muy cuidada ni bien tundida cabellera.

Que el hombre debía ser sufrido de suyo, lo decía el que sin despegar los labios para decir palabra, seguía trasegando su guisote de salsa verde y espesa, sin curarse de las inconveniencias de doña Crucita, que cada vez, por ejemplo, que el hombre se limpiaba la boca con el anvés de la mano después de una de sus frecuentes libaciones, se volvía al *abate* para decir en voz alta:

«No puedo aguantar estas ordinarietas. Bien puede agradecernos S. M. imperial y real los sacrificios que nos cuesta seguir en este país, sólo para afirmar en las sienas de su augusto hermano José la corona de un pueblo que no merece el interés que se toma por su suerte el moderno Alejandro, el invicto César de este siglo»

Aunque el palurdo se limitaba á levantar de cuando en cuando la cabeza, el *abate* no las tenía todas consigo y ya no podía resistir la tentación de advertir á la dama, cuando de pronto la voz estentórea del posadero puso en conmoción á toda la concurrencia, gritando con alegría: «¡Los guerrilleros!»

Y como si desde fuera se encargara de dar asenso á sus palabras, una docena de tiros de fusil, diseminados acá y allá, vinieron á confirmar la noticia.



ISLAS FILIPINAS. - TIPO DE COSTURERA INDÍGENA
(de fotografía de D. Félix Laureano)

IV

Un momento después, de toda aquella banda de currutacos, damiselas y almibarados vejetes no quedaba ni rastro en la posada.

Es decir, sí quedaba. Doña Crucita, abandonada de todos, hasta de su *chavaliar servent*, el correctísimo *abate*, al volver en sí del síncope que embargó sus sentidos cuando recibió la espantosa nueva de la llegada de los guerrilleros, no encontró siquiera vehículo que la sacara á puerto de salvación.

Sólo aquel palurdo tan zafio y de tan burdos modales, sin curarse mucho de la entrada de los guerrilleros en el mesón, ofreciendo un vaso de agua y vino á la desmayada dama, le decía con ruda cortesía:

- No tema la señora. Son amigos, y éstos se romperán el bautismo con los franceses; pero respetan á las damas, aunque éstas estén tocadas de la manía de creer que ha de haber aquí en España otro rey que D. Fernando VII, que Dios guarde.

Y no sólo la sacó de la posada con toda felicidad, sino que terciándola como Dios le dió á entender en uno de los mulos de su recua, la acompañó, prodigándole toda clase de cuidados, hasta las mismas puertas de Madrid.

Allí, negándose á aceptar la recompensa pecuniaria que le ofrecía doña Crucita, se despidió con urbanidad, limitándose á decir:

- Lo único que quiero es que no olvide su señoría, que los que odiamos con toda nuestra alma á ese rey tuerto y beodo con que quiere Bonaparte suplantar al único que reconoce y reconocerá este pueblo, olemos un poco á cuadro y á ajo arriero, pero tenemos el corazón más entero y más sano que esos que venden á la patria por el último hueso que les echan á roer los invasores.

ANGEL R. CHAVES



ISLAS FILIPINAS. - CALLE DE LA ESCOLTA EN LA CIUDAD DE MANILA